

JAIME BAYLY - MI PADRE Y YO

Acaba de celebrarse el día del padre. Pasé el día, para variar, subido en un avión. Pero tuve tiempo de estar en Lima para darle un abrazo a mi padre.

No me gustan el día del padre, de la madre o los días así. Siento que son una trampa comercial. Algún vendedor astuto se inventó esa idea para hacernos comprar chocolates, corbatas, perfumes y mil cosas más. No es que sea un tacaño, pero no me gusta que me obliguen a hacer un regalo.

A mi padre le regalé una botella de whisky por su día. Yo no tomo whisky. Mi padre tiene una cabeza admirable para el trago. Yo tengo la resistencia alcohólica de un picaflor. Si mi padre y yo tomásemos juntos esa botella, me tendría que llevar cargado a la clínica Americana.

Una de las cosas que más admiro de mi padre es su capacidad de trabajo. Mi padre siempre ha trabajado duro. No lo recuerdo tomando vacaciones. Yo, en cambio, no sé lo que es trabajar. Mi vida es una vacación, una larga y serena vacación. Yo trabajo un mes al año y el resto del tiempo me dedico a la reflexión, el análisis de los acontecimientos globales y el ocio creativo.

Mi padre es un hombre muy generoso. Tiene diez hijos. ¿Hay una mejor prueba de generosidad que esa? Yo, si tuviera diez hijos, haría todos los años una teletón para recaudar fondos que cubran sus gastos de colegio y universidad. Yo tengo apenas dos hijas y sólo en comprarles las bolsas de chizitos que vienen con figuritas de pokémon me gasto el 30% de mis ingresos después de impuestos.

A veces pienso que no he sabido darle muchas felicidades a mi padre. He sido un hijo torpe, egoísta y rebelde. Cuando estaba por terminar el colegio, yo sentía que mi padre quería hacerme marino. Yo no quería ser marino. A mí me gusta el mar pero sólo para verlo desde una terraza techada y con bocaditos. Ni siquiera me gustan las piscinas. Aquí afuera tengo una, pero nunca me baño en ella porque juro que he visto una culebra negra nadando allí. Lo cierto es que no pude ser marino porque ni siquiera aprendí a tirarme de cabecita al agua. En cosas del mar, me siento más boliviano que peruano.

Incluso los domingos, mi padre se levanta muy temprano. Como buen hombre de trabajo, es madrugador. Sale de la cama al amanecer, toma un desayuno rápido y se va a trabajar o, si es domingo, a misa. Yo, cuando madrugo, me levanto a las nueve de la mañana. Entre las seis y las nueve de la mañana, mi cerebro entra en estado vegetal. Caigo en un semi-coma profundo. Por eso no me acuerdo nada del colegio. Me llevaban a las siete de la mañana, me sentaba en mi carpeta y dormitaba mudo y aturdido como un balsero en alta mar. Yo debí ir a un colegio nocturno. Ahora sería un profesional.

Tengo recuerdos muy bonitos de mi padre. Por ejemplo, un viaje que hicimos juntos, cuando era un niño, a Piura, mil kilómetros al norte de Lima, en un auto americano muy bonito que mi padre manejaba con suma destreza. Nada era mejor que parar en la carretera a tomar algo y conversar, ni siquiera contar los postes de kilómetros era mejor que eso. También recuerdo una excursión de caza en la que mi padre trató de educarme en el uso de las armas de fuego y el andar a lomo de mula. Fue una alegría correr en mula con mi hermano menor y descubrir que esos mansos animales tenían un cociente intelectual ligeramente superior al mío.

Pero quizás el recuerdo más cálido que tengo de mi padre es la noche en que un policía contratado por él me encontró en el estadio nacional de Lima, viviendo al equipo de mis amores, el Cristal. Yo me

había escapado de la casa de mis padres. Llevaba una semana viviendo en un hostel de Miraflores. Para dar conmigo, mi padre contrató a un policía y le sugirió que me buscara en el estadio aquel sábado en la noche. Yo estaba gritando como un energúmeno el gol de Cristal -avance zigzagueante y definición certera de Percy El Trucha Rojas- cuando el agente me invitó a salir tranquilamente de las tribunas. Siempre he sido un hombre pacífico: evité el combate desigual, me entregué sin hacer desmanes y salimos comentando el golazo de Percy. Afuera me esperaba mi padre. Pensé que estaría molesto y me diría cosas fuertes. Pero no fue así. Me saludó con cariño, me dio un abrazo y me preguntó si quería seguir viendo el partido. Nunca olvidaré esa noche en que mi padre me hizo sentir que el triunfo de Cristal era mucho más importante que esa pasajera peleílla familiar. Tampoco he olvidado la cara risueña con la que me miró cuando entramos al cuarto del hostel y vio las revistas porno tiradas al pie de mi cama. Las revistas las decomisó el policía con gesto adusto. ¿Cuándo me las va a devolver, señor?

Feliz día, papá. Gracias por ser mi amigo. Te quiero mucho.